

JAVIER AZPEITIA

ARIADNA EN NAXOS¹

La narración comienza con un encuentro de guerra entre unas cazadoras cretenses y un grupo de aqueos que habían partido de Grecia en pos de conquistas.

Azpeitia relata, por medio de un narrador desconocido y omnisciente (nos lo presentará mediada la novela), la conquista de Creta por los aqueos. Los mitos serán el vehículo con el que Azpeitia nos llevará a esa isla del Mediterráneo. Unos mitos que serán puestos en duda, cuando no en solfa, por un escritor que se dirige al lector escéptico de nuestros días. El narrador busca dar a los mitos una explicación lógica, al trasladarlos al mundo de los sueños, unas veces naturales y otras inducidos por algún tipo de sustancia: laurel, hiedra, amanitas, alcohol, etc. Así, Pasífae, hermana de Circe, hace creer a sus admiradores que son cerdos, en lo que sería un intento de explicación al episodio similar de Ulises y Circe en la *Odisea*.

Se nos narra la destrucción de una cultura matriarcal, pacifista y sin el estigma de la propiedad privada ni de los tabúes sexuales, a manos de unos aqueos, cuyo modelo de sociedad: patriarcal, materialista, guerrera e individualista, choca frontalmente con los habitantes de Cnosos y su cosmovisión.

I EUROPA

Europa, Diosa de la Luna, es la reina de Cnosos a la llegada de los aqueos, comandados por Asterio. Europa les ofrece una hospitalidad que los aqueos desconocen. Ven con estupor que no hay ejército ni armas que protejan esa ciudad repleta de unas riquezas a las que nadie parece dar importancia. Asterio, tras aceptar por un tiempo dicha hospitalidad, se apodera por la fuerza de la reina y de una ciudad y unas gentes a las que nunca llegará a entender ni dominar.

II PASÍFAE

Minos es, de los tres hijos de Europa y Zeus criados por Asterio, el que mejor encarna el ideario aqueo, y el que sucederá a Asterio en el gobierno de Cnosos. El episodio del nombramiento como juez de Radamantis esconde una crítica al poder judicial: “*Nada hay tan venenoso, entre las ponzoñas del poder, como el poder de juzgar*” (pág. 68), dice el jardinero sabio de Minos.

Se intercala la historia de Dédalo en Atenas. Obliga a Talos, su discípulo aventajado, a probar sus alas de cera desde la Acrópolis y éste muere. Dédalo es desterrado y recalca en Creta.

Dédalo llega a ser el consejero mayor de Minos. El episodio de la decapitación de Sofías (pág. 91) deja ver una crítica muy actual sobre el abuso de poder del despótico Minos.

¹ Ed. Seix Barral Biblioteca Breve, 2002.

Pasífae lanza un oráculo y el narrador, por primera vez en 1ª persona, nos dice lo mucho que le afecta y que le afectarán en el futuro dichas palabras. Así, descubrimos que tras el narrador omnisciente se esconde algún personaje que todavía no conocemos (pág. 95).

Uno de los ejes narrativos es el cambio de tipo de sociedad: “*En esos extraños grupos llamados familias estaba creciendo la disparatada pasión por acumular riquezas.*”

III ARIADNA

Ariadna, con su extraña danza, le descubre a Dédalo el secreto del laberinto.

Descreimiento del narrador, mostrando un despego irónico sobre las tradiciones transmitidas por los ancestros: “*La base del ritual del duelo aqueo es un absurdo malentendido*” (pág. 166): Minos da un golpe a una colmena y sus aspavientos por las picaduras de las abejas son imitados por los cortesanos, que creen que forman parte de un complejo ritual de duelo por la muerte de su hijo Glauco.

En el capítulo del oráculo de Delfos, cuando acuden a escuchar a Jenoclea, Azpeitia trata de dar una cierta justificación lógica a los vaticinios de los oráculos por la masticación de laurel, que puede llevar a la locura (pág. 170) y por la ambigüedad de sus dictados.

Entra en escena el narrador: Poliido, biznieto de un tal Melampo, el cual podía entender el lenguaje de los animales (pág. 174). Ha crecido en Delfos criado por las pitias, y vemos, ya desde este momento, que además de la voz narradora, será quien defienda las tesis del novelista. Su descreimiento y escepticismo hacia todo lo mágico o inexplicable queda patente desde el principio: “*Mi habilidad para el engaño, o la torpeza de los que escuchaban, me procuró cierta fama de adivino*” (pág. 176).

Se llevan a Poliido a Cnosos. Escéptico con lo sobrenatural, busca la complicidad de Ariadna.

Enterrado con Glauco, asistimos a otro episodio sobrenatural, la supuesta resurrección del hijo de Minos, en el que se mezcla el influjo del muérdago y las ensoñaciones inducidas. Glauco puede que sufra alguna enfermedad del tipo de la epilepsia —como vemos en episodios posteriores de trances y ataques—, que tal vez pueda justificar el despertar en su tumba.

Cnosos son dos ciudades: Gog y Magog, una real y la otra oculta (quizá escondida tras el ensueño de la hiedra mascada y el alcohol): “*Las penumbras se reservan a la vida y la claridad al sueño*” (pág. 200), se nos dice, recurriendo a la paradoja. Se da así una inversión sueño-realidad que se enmarca en los grandes cambios acaecidos en Creta tras la llegada de los aqueos. Esa ciudad escondida es un refugio (real o imaginario) donde los cnosios se retiran para escapar de sus dominadores y de su alienación, para continuar unas tradiciones oprimidas o proscritas. Es un hábil recurso que le proporciona a Azpeitia la posibilidad de seguir contrastando la cultura aquea y la Cnosia, aún después de desaparecida ésta.

Con los aqueos llega también la desigualdad social: “*La riqueza había dejado de repartirse en Cnosos*” (pág. 201). La antigua magnanimidad con los forasteros, a los que se les entregaba casa y ciudadanía a cambio de tres horas de trabajo comunal, había quedado abolida. Ahora los forasteros sólo tenían la salida del ejército: “*Un ejército se alimenta siempre de hombres sin futuro*” [...] “*Recibir golpes es la forma más adecuada de aprender a golpear. Esa verdad repugnante del alma humana es el cimiento de la organización social aquea*” (pág. 201). El narrador deja bien a las claras su toma de posición en el conflicto entre ambas sociedades y sus opuestas cosmovisiones.

Otra toma de posición nos la ofrece en los contrastes: aqueos = suciedad, cnosios = higiene.

En Magog se dan todo tipo de excesos orgiásticos: se bebe ambrosía (con amanita para las mujeres).

Las Empusas son una especie de súcubos vampiros. Y Pasifae, que está bebiendo la sangre de Minos, lo mantiene exánime. Cuando Minos se da cuenta de lo que está ocurriendo, le corta la cabeza.

A Androgeo, primogénito de Minos, lo mata el toro blanco de Zeus, indultado por el rey, y que andaba aterrorizando la comarca de Maratón. Esta muerte es el detonante de la guerra entre Creta y Atenas que desembocará en la derrota de esta última y en la institución del tributo de los catorce jóvenes (7 hombres + 7 mujeres) cada nueve años, que le impondrá Minos a Egeo.

Minos parece fuerte, pero, en realidad, Azpeitia nos lo muestra como un cobarde sometido a Pasífae en muchos aspectos; esto puede ser otra vertiente del enfrentamiento entre la sociedad matriarcal y la patriarcal que permea toda la novela. Minos obliga a Poliido a que lo acompañe a Magog. Disfrazado de leñador, es blanco de las burlas de los cnosios, que lo han reconocido, y cobardemente oculto, observa como Pasífae y Ariadna se entregan a los ritos orgiásticos que eran comunes en la antigua Cnosos antes de la llegada de los aqueos. “*Escondido tras un ciprés para paladear su deshonor*” (pág. 231).

Por haber sido testigo de su deshonor y su cobardía, Minos condena a Poliido a morir a manos del Minotauro. Dédalo lo lleva al laberinto y le proporciona una daga y consejos, que de poco le valen al joven condenado. Poliido se encuentra con Ariadna, la cual sacia su sed de sangre en él, y juntos se dirigen al encuentro de su hermano Asterio.

Hay en la bestia una ambigüedad entre el bien y el mal, entre belleza y fealdad, entre bestialidad y humanidad. Azpeitia deja entrever que no existe el blanco y el negro; que, incluso en una bestia temible que se solaza devorando a sus víctimas, existe un lado humano que le permite analizar con profundidad psicológica lo terrible de su destino. El Minotauro se queja de que nadie acuda a darle muerte y de que todo se pudre a su alrededor. Un juego entre la deseada mortalidad en contraste con la terrible inmortalidad, de características muy borgianas, como también lo es la fascinación por los laberintos.

Poliido sale del laberinto con Ariadna. Ella hace que descubra y potencie sus poderes adivinatorios. Poliido se siente en comunión con la tierra.

Perdonado por Minos al ver que se ha librado del Minotauro, lo acompaña a reclamar el tributo de los catorce jóvenes. Han pasado nueve años y hasta sus oídos ha llegado el rumor de que Teseo, hijo de Egeo, ha vuelto a Atenas, y Minos desea ofrecérselo al Minotauro.

Mientras trata de desenmascarar a Teseo, a Poliido le asignan como compañero a un filósofo que morirá apuñalado en su lecho. Este episodio le sirve al narrador para burlarse de los filósofos (pág. 253).

Poliido, mediante un astuto ardid, descubre a Teseo refugiado en el gineceo ateniense, no muy honrosamente disfrazado de muchacha. Comienza así la terrible semblanza que del supuesto héroe nos propone Azpeitia. Este episodio, que junto al del encuentro de Poliido con el Minotauro, se repetirá con ligeras variantes, sirve al narrador para disertar sobre la imposibilidad de variar el futuro, que “*está tan escrito de manera imborrable como el pasado*”. Y sirve también para hacerse preguntas sobre los procesos adivinatorios que atormentan a Poliido: ¿premonición o realidad?

En el regreso a Creta se acentúa el proceso de descomposición ética de Minos (pág. 261). Minos degüella a Pasífae, cumpliendo los oráculos (pág. 265).

Desmitificación de Teseo: éste mata a Glauco a traición (pág. 268). Y Ariadna salva a Poliido de Teseo.

El monstruo filosofa presintiendo su llegada: “*La muerte llega hoy por todos los caminos*” [...] “*vencer, extraña palabra*”, le dirá a Poliido cuando le pregunta si no puede vencer a Teseo (pág. 275). Asterio-Minotauro: “*Es el tiempo de los aqueos, querido Poliido, ¿qué podemos hacer nosotros en un mundo gobernado por ellos?*”; el Minotauro expresa una de las ideas que flota en toda la narración: la sociedad utópica y de costumbres ancestrales y míticas de Cnosos no tiene cabida en el mundo crudo y materialista de la prosaica realidad aquea.

Azpeitia le da otra vuelta de tuerca al mito: no será Teseo sino Ariadna quien matará a su hermano el Minotauro.

Se produce la repetición temporal: ¿hay un tiempo cíclico o es una visión de Poliido?

Conocemos ahora la misión última de Poliido: encontrar al hijo perdido de Europa para evitar la destrucción de Cnosos. Azpeitia nos plantea, al hilo de esta postrer búsqueda, que se demostrará inútil en casi todos los aspectos, otra de las tesis abiertas en la novela: “*Conocer el futuro y conservar la esperanza de cambiarlo. Ese es el mayor sinsentido que puede llegar a albergar la mente estúpida del hombre*” (pág. 279).

Muere Minos en Sicilia bañado en pez ardiente, que le echan encima las trillizas del rey Cócalo, cuando iba en pos de Dédalo, al que encuentra con el ardid, que le sugiere Poliido, de enhebrar la caracola.

Poliido al fin conoce que él es el hijo perdido de Europa, hermano por tanto de Minos y tío de Ariadna y el Minotauro. Lo sabe por boca de su madre, que bajo el disfraz de Herófila, se había recogido en una cueva oracular. Le habla de que ha fracasado en su misión de salvar a Cnosos, pero ella le dice que debe saber que *“el fracaso es superior a la mayor parte de las victorias [...] el fracaso es alimento de la diosa si es digno”* (pág. 298)

Poliido sabe por Europa-Herófila de su próxima muerte y accede al conocimiento, que es también aceptación: *“me dio fuerzas para resistir durante algún tiempo la quiebra que me provocó mirar dentro de mí y ver que estaba acabándome”* (pág. 299).

Teseo abandona a Ariadna en Naxos y se va con su hermana Fedra. Engaña a su padre con la vela negra y éste se suicida. *“Teseo toma el trono para inaugurar un nuevo orden: la época de Zeus, la guerra, el saqueo, el orgullo, la razón y la ambición”* (pág. 304). Fiel enumeración final de contrarios a todas aquellas características primigenias de la sociedad cnosia: la diosa Luna, la paz, la magnanimidad y abolición de la propiedad privada, la ensoñación y el mito y el completo desconocimiento del instinto de posesión que reinaba antes de la llegada de los aqueos.

El cronista, casi como colofón, salva a Poliido del fracaso total. Con la visión de la diosa, que “lo atraviesa como una lanza”, se le revela el sentido último de su vida: *“la misión del hijo de Europa, al que finalmente he encontrado, es salvar a Cnosos, la ciudad esculpida en la piedra, **no de la destrucción sino del olvido**”*. Así, cumplirá su destino por medio de la escritura, otro de los inventos de Dédalo, que no es lo ideal para relatar los sueños que la diosa inspira, *“Pero ¿de qué otro modo se puede lograr que las palabras permanezcan, si el mundo sustituye la memoria por el deseo vano de atrapar el futuro?”* (pág. 305). *“Nada resulta tan ominoso como el pasado borrándose”*.

Poliido sabe que morirá despedazado por las ménades y que su hijo morirá en Troya a manos de Paris. *“Yo que fingí ser adivino, he descubierto la profundidad de la herida que provoca serlo”*. Pero hay un pequeño resquicio que deja paso al orgullo estúpido del aedo.

Y puesto que, al final, no todo es oscuridad y mal fario, nos despide con el grito de júbilo de los seguidores de Dionisos: ¡*Evohé!*